

MEMORIA Y DESARROLLO

Víctor Morel Flores Chapa

Como han afirmado los más importantes investigadores de los fenómenos urbanos, las ciudades son los productos más depurados de la civilización. En estos agrupamientos sociales, y entre otras manifestaciones del mayor interés cultural, se concentran los ejemplos de la creatividad y desde luego las aportaciones de innumerables generaciones lo mismo de nativos que de inmigrantes incorporados a sitios distintos de los suyos.

Vistas y analizadas desde un ángulo diferente, las ciudades también son productos del crecimiento de la población, de las oportunidades de superación, de los factores económicos y hasta de los vicios que ha generado la desigualdad social y que se acentúan si se observan las condiciones de vida en el campo y en las ciudades, especialmente en países como el nuestro.

Con lo bueno y con lo malo, sus orgullos y sus debilidades, las ciudades también han sido objetos de admiración, de respeto y, más recientemente, de estudio. A partir quizá de los primeros decenios del siglo XX, las ciudades se convirtieron en escenarios y en destinos de cuidados y preocupaciones que condujeron, con el tiempo, al establecimiento de mecanismos de protección, entre los que destacan las declaratorias de patrimonio mundial con que se distingue a las mejor conservadas y, de alguna manera, a las menos desarrolladas.

Al estudiar las ciudades, y de varios modos, también se examina a las sociedades que las han habitado pues se evalúan, se juzgan o se consagran sus capacidades y de alguna manera sus riquezas: así, y por ello, sociedad y ciudad evocan nociones inseparables como la de “memoria histórica”, capacidad que sólo es reconocible en las personas y que sin dificultades se atribuye igual a los sitios urbanos formados por calles, plazas, vacíos y edificios, es decir, objetos inanimados.

A pesar de todo, incluso de la paradoja que estimula el lenguaje, las ciudades con memoria histórica hoy son, en México y en otros países, prendas de la más alta cultura que se comparten con todo el mundo al amparo del calificativo *patrimonio*.

La memoria histórica tiene pues una notable importancia: las ciudades patrimonio son sedes, aparte de otras muchas cosas, de factores de identidad, de lecciones de vida e inclusive de explicaciones de cómo somos: en ellas se respiran los mejores aires de la patria, prosperan las más notables de nuestras usanzas y costumbres y, por encima de todo, de continuo en sus calles y edificios se afirman los signos de nuestro presente y acaso de nuestro futuro. Y todo bajo el manto protector de las tendencias del conservacionismo, es decir, de una decisión en el sentido de detener el tiempo. Y todo, también, como resultado de la desconfianza que hoy sentimos por lo que podríamos ser capaces de hacer.

Vale la pena considerar que la memoria histórica no consagra sólo lo que otros hicieron antes, y es imposible afirmar que los urbanistas, los arquitectos, los artistas y los constructores del siglo XVIII fueron mejores o más afortunados que los del XVII, o más brillantes que quienes los sucedieron después de la Independencia: el acervo que denominamos memoria se formó con las necesidades, las intenciones, los aciertos y los errores de todos, con ideas originales o desde la modestia de sólo buscar la satisfacción de sus urgencias.

Las ciudades patrimonio no arribaron a mediados del siglo XX en su mejor estado de conservación porque alguien lo propuso, sino por una multiplicidad de razones; de hecho llegaron a esa época con las alteraciones, las modificaciones y aún las mutilaciones que impusieron las sociedades. Una decisión de la cultura –y de su madurez– fue la de detener el deterioro y conducir los cambios desde una posición moderna, respetuosa y, sobre todo, conocedora de las dinámicas y las exigencias de los grupos sociales y de sus intereses.

Los espacios que hoy claramente se identifican como centros históricos no son sectores restringidos ni regiones sujetas sólo a limitaciones: también son el campo del progreso, de la consolidación y, en una palabra, del desarrollo. Las antigüedades son hoy objetos del mayor valor y fuentes de mejoría que la sociedad culta debe aprovechar cabal pero respetuosamente: calles, parques, plazas, casas e iglesias son espacios admirables pero también son sedes de retos, de estímulos y de medios para la reorganización y la afirmación de los procesos sociales más hondamente vinculados con el bienestar de sus habitantes y de sus usuarios.

Así que conservar las ciudades patrimonio no basta, como tampoco es suficiente exaltar las virtudes del pasado e ignorar las posibilidades de este tiempo y de los decenios por venir. La memoria histórica, en esa virtud, tiene una relevancia mayor que la que se le ha atribuido hasta ahora. A esa memoria colectiva y entrañable debemos el saber hacer y no sólo el qué hacer.